

Matthew Restall. 2019. *Cuando Moctezuma conoció a Cortés. La verdad del encuentro que cambió la historia*. México: Taurus. [When Montezuma Met Cortés: The True Story of the Meeting that Changed History. 2018. Nueva York: HarperCollins Publishers].

Bernard GRUNBERG¹

<https://orcid.org/0000-0002-0531-352X>

Université de Reims Champagne-Ardenne (Francia)

grunbergb@orange.fr

Esta obra pretende demostrar que la historia tradicional de la Conquista de Tenochtitlan y la del encuentro entre Cortés y Moctezuma están fundadas en un mito elaborado por Cortés, algunos conquistadores y ciertos indígenas. Matthew Restall rechaza la figura de un Moctezuma débil, que entregó su imperio a los españoles sin luchar, y la imagen de Cortés como un jefe incontestable y gran estratega. Para el historiador anglosajón, Moctezuma no fue un emperador blando ni cedió su imperio a Cortés, un jefe mediocre que no controlaba a los hombres ni los acontecimientos.

La teoría de Restall llama la atención en particular por su metodología histórica. Si bien a lo largo de su obra cita numerosos documentos que abarcan desde las crónicas españolas hasta los códices indígenas, pasando por los historiadores “tardíos” de la Conquista (Prescott, Solís, entre otros), no duda en utilizar poemas (escritos en los siglos XVI y XVIII), un libreto de opera (Spontini), grabados, pinturas (desde Théodore de Bry hasta las de la colección Kislak), series de televisión, películas (*Star Wars*, *El señor de los anillos*, *Harry Potter*), a las que agrega, para hacer comparaciones, el Holocausto, la guerra de Vietnam, etcétera. Esta heterogeneidad de referencias plantea serios problemas. Desde luego, Restall recurre a documentos de archivo, la mayoría ya publicados (*Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento...*, *Colección de documentos inéditos para la historia de Hispano-América*, *Documentos cortesianos*, de José Luis Martínez, entre otros).

¹ Traducción del francés de Elena Mazzetto. Las editoras agradecen también a Guilhem Olivier su colaboración en la revisión de esta reseña.



Respecto a los textos que nos han llegado de forma indirecta, por lo general traducidos al italiano, alemán, francés y latín, es necesario decir que hay que desconfiar de estas traducciones. Los traductores de la época no traducían al pie de la letra los textos originales, sino que los embellecían o los resumían, según los objetivos perseguidos, por no hablar de los errores que cometían estos extranjeros, quienes nunca viajaron a las Indias y trataron de comprender lo que los españoles escribieron.

¡El historiador no puede más que quedar sorprendido! ¿Qué distinciones hace nuestro autor entre fuentes contemporáneas y fuentes posteriores, entre fuentes escritas por testigos oculares y las que proceden de testigos “auriculares”? No se percibe ninguna. Restall critica fuentes fundamentales, como la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo, o las *Cartas de relación* de Cortés —que contradicen su propia reconstrucción de los hechos—, pero no siempre lo hace sabiamente y comete numerosos errores. Siempre hay que tener presente que los textos, en especial los de la Conquista, han sido escritos según enfoques particulares. Así, las *Cartas de relación* son relatos oficiales, elaborados en el contexto del desarrollo mismo de la Conquista, justifican las acciones de su autor y se dirigen al monarca. Cortés sigue las reglas y los objetivos de los adelantados, quienes deben explorar, tomar posesión, colonizar, edificar ciudades y fortificaciones, y someter poblaciones indígenas. La *Historia verdadera* es una obra personal que pone énfasis en los méritos del autor y sus compañeros, que presume su valentía, sufrimientos, sacrificios y entrega. Señalemos aquí que Restall no parece conocer bien esta crónica y afirma que sólo existen dos ediciones, olvidando el manuscrito *Alegría* (p. 489). Esta omisión pudo haberse evitado con la consulta del libro de Carmelo Sáenz de Santa María, *Historia de una historia. La crónica de Bernal Díaz del Castillo* (1984). Del mismo modo, Restall se equivoca cuando afirma que Díaz del Castillo participó en la expedición de Grijalva (p. 217). Lo importante en estas fuentes es poder confrontarlas con los documentos de archivo. Así, uno de los grandes aportes de la *Historia verdadera* es que su autor proporciona nombres que sólo se encuentran ocasionalmente en los archivos (*Informaciones de servicios y méritos*). Esto lo hace un documento único, no sólo para conocer a los conquistadores, sino también por sus detalles, que permiten comprender mejor algunos acontecimientos o dan a conocer sus secretos, además de que se complementa o se diferencia de las *Cartas de relación*.

Otra cuestión que Restall pasa por alto es que los hombres del siglo XVI no tenían la misma relación que nosotros con la exactitud. Las cifras pro-

porcionadas deben considerarse como una evaluación, no más. La precisión no es la cualidad principal de los escritos de la época. Es esencial colocar estos textos en su contexto. Así, para comprender la Conquista y a los conquistadores es imprescindible conocer la España de los siglos xv y xvi, sus instituciones, sus mentalidades, su sociedad, sin olvidar el episodio fundamental de la Reconquista. Ésta es una de las críticas fundamentales a esta obra: hace casi caso omiso del contexto de España en la época de la Conquista. La bibliografía final ignora las obras sobre España de Antonio Domínguez Ortiz, Luis Suárez Fernández, Manuel Fernández Álvarez, José Antonio Maravall, Henry A. Kamen, Ricardo García Cárcel, etcétera, y los trabajos sobre la Conquista de Demetrio Ramos, Francisco Morales Padrón, Francisco de Solano, James Lockhart (con una excepción). Además, Restall utiliza obras poco creíbles, a menudo con errores, por ejemplo, la de Christian Duverger (p. 490) y Tzvetan Todorov (p. 384).

Si bien Restall reevalúa el proceso de expansión en su conjunto desde los conceptos mismos —reemplaza el término “conquistadores” por el de “invasores”, y el de “conquista” por el de “guerras de invasión”— parece no conocer muy bien la Conquista de México. Afirmar que fue sólo una invasión no concuerda con la realidad de la época. Recordemos que la Conquista debe ser incluida en un largo proceso, que comienza con el descubrimiento (1492-ca.1516), continúa con la toma de posesión, sigue con la conquista (ca. 1516-1568/1573) y concluye con la colonización (población). Cada fase tuvo sus características propias. Estas expediciones, como toda empresa, sólo pueden llevarse a cabo en el marco de capitulaciones, cuyo objetivo no se concentra en hacer exploraciones, descubrimientos y conquistas, sino también en fundar ciudades. Se trata de una suerte de contratos, que no son nuevos y preexisten, que se establecen entre el monarca y un emprendedor, pero no comprometen en modo alguno al soberano. Como subraya Morales Padrón, la imposibilidad económica o material de la Corona de llevar a cabo estas empresas la obliga a aceptar la colaboración con un emprendedor privado y, a excepción de casos particulares, no participa económicamente; por lo tanto, el emprendedor aporta el dinero y los hombres, toma los riesgos y efectúa el trabajo. En caso de fracasar, la monarquía no pierde nada. Si la empresa tiene éxito y sigue las reglas dictadas por las capitulaciones, el soberano y el emprendedor obtendrán grandes ganancias.

Hay que precisar que en los primeros textos relativos al Nuevo Mundo no se utilizó la palabra “conquista”. En su lugar, sólo encontramos las expresiones “descubrir” y “poblar”. Con el descubrimiento de México el término

“conquista” se utilizó en su propio contexto y durante medio siglo significó la toma de posesión de un territorio y la sumisión de las poblaciones amerindias a la Corona de España. En cuanto al término “conquistador”, éste se empleó en las Indias a partir de 1514, quizá un poco antes. Si tomamos el ejemplo de México, el conquistador era un hombre libre que había desembarcado en México entre 1517 (expedición de Francisco Hernández de Córdoba) y el 13 de agosto de 1521 (fecha de la caída de Tenochtitlan). Esta definición concuerda con la de las actas del Cabildo de la Ciudad de México desde 1524 y fue retomada por el presidente de la segunda Audiencia de la Ciudad de México. La Corona mantuvo la misma definición hasta la publicación de las ordenanzas sobre los nuevos descubrimientos y colonizaciones de 1573, cuando las palabras “conquista”, “conquistar” y “conquistador” desaparecieron del vocabulario oficial y fueron reemplazadas por los términos “descubrimiento”, “descubrir” y “descubridor”. Esto significa que para la monarquía española la fase de conquista había concluido y en adelante la de colonización debía ser prioritaria.

No nos extenderemos sobre los numerosos errores relativos a varios conquistadores: el autor confunde a Diego Bermúdez con un homónimo (p. 210), habla de tres hermanos Monjaraz cuando sólo eran dos (p. 227), etcétera. También se equivoca en los nombres: Juan Galindo (p. 371), que no es otro que Juan Sánchez Galindo; Sancho de Sopena (p. 210), que en realidad es Diego Sánchez de Sopena, entre otros.

Respecto al número de conquistadores, las cifras de Restall no son exactas (p. 377): 450 habrían salido de Cuba con Cortés, cuando fueron casi 600; el número total de conquistadores se elevaría a 3000, pero los trabajos recientes demuestran que fueron aproximadamente 2100. Decir que la mayoría de los hombres llegados con Cortés nunca pusieron un pie en la Ciudad de México y que menos de 10% de los que participaron en la batalla de Tenochtitlan sobrevivió hasta 1521 (p. 275) es otro error, pues una gran parte de ellos entró en la Ciudad de México y más de un tercio vivió después de 1521. Otra equivocación de Restall es hablar de los 44 bergantines construidos por los españoles para Moctezuma, cuando no hubo más de cuatro (p. 272). En cuanto a los 1000 esclavos taínos traídos en la expedición de Cortés, el autor no proporciona ninguna referencia (p. 403). Eran pocos, según todos los documentos conocidos. Podría continuar enlistando otros errores, pero resulta más pertinente revisar ciertas afirmaciones fundamentales.

Según Restall, la descripción del encuentro entre Moctezuma y Cortés proporcionada en la segunda *Carta de relación* es falsa. Es más, nuestro

autor subraya que Moctezuma nunca se rindió ante los españoles (p. 335, 409) y va más lejos al explicar que podría tratarse de una aceptación de la rendición de los españoles (p. 412). Reconoce, no obstante, ¡que no hay en los archivos indicios de que la rendición de Moctezuma sea una invención! La mayoría de los historiadores, al igual que Restall, saben que la traducción del discurso de Moctezuma por la mediación de doña Marina y luego de Jerónimo de Aguilar quizá no sea exacta: traducir del náhuatl al maya, luego del maya al español no puede dar una versión exacta, sobre todo si los conceptos nahuas no eran bien comprendidos por los españoles y era necesario adecuar la traducción final, cuando no había sido adecuada ya por la intérprete indígena. Lo mismo sucede con las palabras españolas, cuyo sentido no fue necesariamente el que comprendió el emperador mexica.

Releyendo el discurso transcrito por Cortés, es evidente que el jefe de los conquistadores quería mostrar a Carlos V que había cumplido su misión y que el monarca mexica se sometía, lo que muy probablemente es falso. Lo que complica las cosas es la predicción del regreso de Quetzalcoatl. Si bien Cortés exagera el reconocimiento de la soberanía de su rey por parte de Moctezuma, la alusión al mito del regreso de Quetzalcoatl está confirmada por otras fuentes, en especial indígenas, que Restall rechaza, aunque las obras de los conquistadores subrayan que la convicción de los aztecas de estar ante dioses disminuyó al principio la combatividad de su pueblo y su soberano. Se sabe que Cortés ejerció desde el principio de la Conquista una hábil “política de intoxicación”: puestas en escena para espantar a los indígenas con caballos, cañones y escopetas, cosas desconocidas por los indígenas, quienes, en consecuencia, las consideraban de origen divino. Esta confusión subsistió durante meses, hasta que los mexicas vieron a los españoles en su capital. En particular después de la masacre del Templo Mayor, la creencia en el carácter divino de los conquistadores se disipó y su sed de oro los dotó de una apariencia mucho más humana. Pero una parte del mundo mexica no estaba convencida, entonces Cuauhtémoc trató de demostrar el carácter exclusivamente humano (por ende vulnerable y mortal) de los conquistadores, e hizo circular en todas las ciudades del imperio unos trofeos tomados durante los combates, en especial cabezas disecadas de españoles y caballos.

Por otra parte, Restall refuta, sin citar fuentes, el encarcelamiento del *tlahtoani* (p. 81), pese a que numerosos documentos de archivos procedentes de testigos contradicen esta tesis. El autor se inclina por un asesinato perpetrado por los españoles (p. 282-83), según fuentes indígenas posteriores.

Esta versión no convence porque Moctezuma era el único hombre que podía ofrecer a sus carceleros una salida de emergencia. Díaz del Castillo, quien más tarde no dudará en criticar el ahorcamiento de Cuauhtémoc ordenado por Cortés, está probablemente en lo correcto cuando afirma que el emperador se dejó morir. El soberano, dueño supremo e incontestable de su inmenso imperio, había sido duramente afectado por su detención, en su capital, en el seno del campo español. El golpe que recibió por uno de sus súbditos no hizo más que terminar de destruir psicológicamente a quien había reinado durante 20 años y se consideraba igual a los dioses.

Para justificar sus teorías y su reescritura de la Conquista, Restall emplea a menudo un buen número de obras muy posteriores o como él mismo dice: “lo que falta en todos los documentos y crónicas —lo [...] debemos completar con nuestra imaginación, como mejor podamos—” (p. 375). Por ello ¿no estamos ante un libro de historia! Esto se confirma cuando el autor realiza una comparación entre la matanza de Cholula y la masacre de My Lai, durante la guerra de Vietnam (p. 388-89). Por otra parte, ¿cómo se puede calificar la Conquista de “guerra de genocidio” (p. 395-559)? Ciertamente hubo masacres, pero esto sucedía en todas las guerras: las de la Reconquista, las guerras de Italia, etcétera.

Una de las tesis de Restall consiste en rechazar el genio de Cortés, responsable de la victoria de los españoles frente a un Moctezuma holgado y cobarde (p. 88). Los conquistadores nunca trataron así al emperador mexicana, son sobre todo los escritos muy posteriores los que hablan de cobardía. Para Restall, Cortés era un hombre mediocre, un simple invasor, que sólo tomaba la iniciativa cuando se trataba de perpetrar masacres. Agrega que no controlaba nada ni a nadie, y atribuye sus victorias a sus capitanes, quienes a menudo habrían tomado decisiones antes que él, así como a los estragos de la viruela y la ayuda de aliados indígenas. Que Cortés haya pedido la opinión de sus capitanes en los momentos clave está confirmado por las fuentes y sabemos que era siempre él quien tomaba las decisiones finales. Sin embargo, Restall tiene razón en insistir, como han hecho muchos historiadores, en la importancia de la viruela y la ayuda aportada por millares de indígenas. Lo que el autor olvida es que Cortés comprendió rápidamente que la política del imperio mexica conllevaba un sentimiento de rebelión latente y que elaboró una política de alianzas. Olvida también que se ubicó por encima de la alianza misma, porque, desde el punto de vista español, él hacía reinar el nuevo orden y la nueva justicia en nombre de Carlos V, era el representante del nuevo poder legítimo en México y necesitaba el

mayor número posible de aliados indígenas para incrementar su potencia militar, el suministro de víveres y de material, y el conocimiento del territorio, así como para encontrar los cargadores y la mano de obra necesarios para su empresa. En este sentido, ciertas poblaciones consideraron a Cortés un liberador. La política moderada que mantuvo hasta la caída de la Ciudad de México le proporcionó importantes contingentes de auxiliares indígenas y sus aliados siguieron a los conquistadores para cobrar rencores ancestrales, saquear a sus enemigos y enriquecerse. Más bien, Restall ve en esta guerra una confrontación entre la Triple Alianza tlaxcalteca y la Triple Alianza mexicana, lo que no aparece en ninguna fuente. Quizá por esta razón evalúa el número de habitantes de Tenochtitlan en 60 000 (p. 379, 492) sin proporcionar pruebas, lo que reduce considerablemente el tamaño de la capital mexicana para hacer más creíble su hipótesis sobre la relación de fuerzas entre la Triple Alianza mexicana y la Triple Alianza tlaxcalteca.

Muchas afirmaciones no están documentadas en esta obra, sobre todo cuando el autor señala que se trata de invenciones de los cronistas. Habría que rectificar muchas cosas en el libro (la esclavitud sexual, la esclavitud masiva, las masacres de civiles, el mito del canibalismo, el zoológico de Moctezuma, etcétera), pero requeriría más espacio del que dispongo aquí. Por todo lo anterior, es claro que *Cuando Moctezuma conoció a Cortés. La verdad del encuentro que cambió la historia* no es un libro de historia sobre la Conquista de México. Se trata de un análisis de la percepción de la Conquista desde finales del siglo XVI y hasta nuestros días. Una historiografía interesante, sin duda, pero demasiado empapada de nuestras mentalidades actuales. Ver a los conquistadores con nuestras concepciones y nuestros ojos no es propio de la historia, sino de una visión de la historia que recreamos y manipulamos con nuestra “buena conciencia”, porque nos cuesta mucho imaginar la realidad tal como fue. Para evitar esta trampa, hubiera sido necesario estudiar la Conquista en su contexto y tratar de comprenderla con la mirada de los hombres de inicios del siglo XVI, en particular con documentos de archivo. Si bien las tesis de Restall no arrojan nuevas luces sobre la Conquista de México, le agradecemos por haber puesto a nuestra disposición un libro que detalla cómo fue entendida, transformada y reescrita a lo largo de los siglos después de la caída de Tenochtitlan, según perspectivas a menudo muy alejadas de la realidad.